

Pedro Shimose

El futuro de la Patria

Desde la hamaca observó el revoloteo de una mariposa azul por su habitación llena de recuerdos. "¿Quién llegará?", pensó, indiferente. Se meció, mientras intentaba recordar los rasgos de la mujer de su vida.

De repente, un vago rumor reverberó en el aire y fue creciendo hasta sobresalirlo. De dos trancos ganó el palio y cerró la puerta del jardín. "¡Hijas de Satanás!", farfulló. Un río de formas ominosas inundaba el pueblo fronterizo. La muerte flameaba, se colaba por los resquicios de las tapetas, trepaba chillando hasta las flores marchitas y, a su paso, dejaba mordeduras y fiebres incurables. Todos los días, a la misma hora, las ratas invadían la aldea.

Eduardo Sánchez observó su colección de orquídeas y maldijo su confinamiento en aquella región inhóspita. Empapado de sudor intentó releer unas viejas revistas, pero no pudo. Empolvados, yacían por el suelo varios tratados sobre el arte de la guerra. Sólo Tsun Tzu y Clausewitz se libraban de la desidia general. Su única ilusión eran esas flores misteriosas, bellas y delicadas.

El teniente Sánchez cultivaba, con deleitación, sus cuarenta ejemplares de orquídeas. Sueña con reunir, algún día, las diez mil especies descritas por los botánicos. Se pasa horas y horas en el invernadero, cercado por una malla protectora de alambre niquelado.

Muchos ascendieron; varios se divorciaron; algunos se enriquecieron y otros abandonaron el Ejército. (Se presentó en la Dirección de Aduanas con un informe completo sobre el contrabando y la evasión de impuestos. ¡Misión cumplida, señor Director!)

CATTLEYA TRIANAE

LA ELIOCATTLEYA VALENCIA

el cáliz níveo y liso se abre y da paso a la corola rosada y retorcida, finalmente el labelo irradia la luz dorada del polen granuloso y pulverulento. Un morado intenso corona el perigonio.

El teniente Sánchez saluda al médico del pueblo, universitario fracasado y artista de la botella. Según las malas lenguas, una mujer lo hundió en la desesperación y él nada hizo por salvarse del naufragio, se dio el trago y su consulta era la cantina, donde se lo podía encontrar cantando rancheras mexicanas.

—Y doctorcito?

El barchílón se alza de hombros, estira la jeta, lo mira con sus ojos aguachentos y menea la cabeza. "Son casos perdidos", dice.

—¿Cuál es la enfermedad?

—Hambre —responde el barchílón del mandil euclo y se mete en el galpón desatralado, entre cuerpos llorados por el suelo oloroso a creolina y querósén.

La fiebre hemorrágica apareció de repente y los informes se acumulan, las conferencias cunden y las declaraciones de los expertos van y vienen. Nadie sabe qué enfermedad es ésta. Sólo el doctorcito hizo el diagnóstico: hambre.

El teniente Sánchez cumplió con su deber. (Aplausos, palmas en el hombro, entrevistas, fotos, discursos, condecoraciones, bla bla bla)

CYMBIDIUM GRANDIFLORUM

espadas auriverdes y el labelo salpicado de motas

granales. No sé qué embrujo tienen estas flores libélulas mariposas insectos fosforescentes trópico bulbo encendido raíces dormidas en el aire.

Tomó la senda que bordea el barranco y caminó entre suchis floridos y palmarreales. La brisa perfumada llega desde el río, corre por la playa y descansa a la sombra de los guayabos. Recordó a Teresa, la mujer de su vida. La Chica Que Lo Dejó Plantado. Observó un punto negro que avanzaba por el río. "Lo nuestro es imposible, ¿Quién habló de casarnos?", le dijo ella, algo sorprendida. El punto negro se iba aproximando.

—¿Cómo le va, mi teniente?

—Como pan que no se vende, de harina fiada.

—Y sus flores, mi teniente?

—Ladísimas.

(Al día siguiente le comunicaron el cambio de destino. Lo mandaban a la frontera, a un pueblecito perdido en la Amazonía. "Ay, Sánchez! ¿No sabía, acaso, quién dinge la malía del contrabando?")

EPIDENDRUM NOCTURNUM

verde rotoño, verde esmeralda, brillante como esmalte y laca, luz de luna cuajada en pétalos y pétalos, orquídea blanca del Orinoco, luciérnaga encendida, noche y selva.

Eduardo Sánchez mira cómo crecen las telarañas entre los rosales mustios de la plaza, como muere la gente, con el corazón lleno de ceniza. Los peladitos pelacudos vagan como espejos cubiertos de espundas, ojerosos, preguntándose por qué esto, por qué lo otro y lo de más allá. Le llegan noticias de la capital. Su madre le escribe y le cuenta chismes y algunas ocurrencias del doctor Zoqui. Los titulares de los periódicos anuncian la boda del Director General de Aduanas, promovido al cargo de ministro, con la mujer de su vida, La Chica Que Lo Dejó Plantado en cuanto supo que el futuro de la patria no era su futuro.

Desperado, el teniente Sánchez se dinge al jardín, palca las macetas y arroja los almácigos al suelo, deja la puerta abierta de par en par. Él sabe que, tarde o temprano, volverán las ratas.

Pedro Shimose. Ribereña 1940. Poeta, narrador, ensayista, periodista, dibujante y compositor. El cuento pertenece a "El coto de la lama gris".

